

# EL DIARIO MURCIANO

UNA PESETA AL MES.

PERIÓDICO PARA TODOS.

REDACCIÓN: BALSAS, 1.



**II Aniversario**  
DEL SEÑOR

**DON JOSÉ DE MAZÓN Y FRANCO**

que falleció el 19 de Abril de 1902

R. I. P.

Se dirán Misas rezadas cada media hora en la Iglesia de San Juan de Dios el día 19 de Abril de 1904 desde las ocho á las doce.

SUS HIJOS É HIJOS POLITICOS Y DEMÁS FAMILIA

SUPPLICAN á sus amigos la asistencia á estos sufragios.

Murcia 17 de Abril de 1904.

## AL DIA

POR PREVISION

Bajo la honda tristísima impresión que ayer nos causó el entierro del desgraciado niño Fernando Martínez Martínez, escribimos hoy éste artículo, encaminado, no á dirigir censuras, sino á formular ruego al señor Alcalde, seguros que dado lo razonable de nuestra petición, y teniendo en cuenta los loables entusiasmos del señor Peña, hemos de ser atendidos.

Decíamos en números anteriores al relatar la desgracia á que antes nos referimos, que sería conveniente, convenientísimo, se cubriera la acequia mayor desde el Teatro Romea, hasta la puerta de Castilla, y decíamos esto, teniendo en cuenta solo uno de los aspectos ventajosos de nuestra proposición, el de la seguridad pública.

Pero es que además de este aspecto, por todos conceptos importante, hallamos también otros que encierran no menos importancia.

Descubierta como se encuentra la acequia mayor y cuya agua contienen, indudablemente, sustancias, nocivas ha de resultar un foco de infeccioso para la salud de los habitantes de la calle de la calle de la Acequia.

Cubriendo la referida acequia podría evitarse esto y además se ensancharía y hermosearía dicha calle.

Es decir, que bajo tres aspectos

sería conveniente que el Sr. Alcalde atendiera nuestra petición; bajo el de la seguridad, salud y belleza públicas; y siendo tan conveniente se nos atiende, no dudamos ver pronto realizados nuestros deseos, que son los de Murcia entera y con los que el Sr. Peña alcanzaría un gran triunfo á su paso por la Alcaldía.

## CRÓNICA

¿Héroes ó mártires?

El gran pueblo de Tolstoy, el país—tan nombrado ahora—de los tormentos, de los destierros... de los latigazos de servilismo, el pueblo de los Czares, gime hoy bajo el peso de una tremenda desgracia, bajo el dolor de una implacable adversidad: una esperanza justificada, una ilusión forjada en hechos pasados ha sido muerta por la explosión de un torpedo en la bahía de Puerto Arturo... El Almirante Makharoff, su estado mayor y gran número de tripulantes del acorazado Pedro-Pablo, tienen ahora por sepulcro, por cuna mortuoria las entrañas del mar; por recuerdo, por oraciones hacia su memoria, las que el mundo entero les envía considerando la fatalidad de su suerte.

Cuando estallara la guerra con el Japón, Rusia encomendó el mando supremo de su escuadra al Almirante Makharoff, que era una seguridad para el triunfo de Rusia, una confianza para el lauro guerrero del pueblo de Nicolás II. Ha transcurrido el tiempo monótono é insensible, alterado tan sólo por pequeñas escaramuzas de ambos

beligerantes, por reducidos tiroteos de ambos ejércitos sin gloria ni provecho alguno. Ahora que Rusia anunciaba al mundo que iba á comenzar el saldo de pasadas injurias; ahora que marinos y soldados rusos partían para el combate soñando con sueños de delirio en vencer á los hijos del Mikado; ahora que el alma rusa se desbordaba en entusiasmos para la pelea, en prestaciones materiales para el sostén de la campaña; ahora que las balas rusas iban á castigar la ofensa hecha al pabellón de San Andrés...; en Puerto-Arturo un torpedo explota, trae la muerte á cientos de rusos, lleva el luto á cientos de hogares y acongoja á la nación moscovita con su ruido ensordecedor, espantoso...

¡Pobre Rusia! ¡Pobres víctimas del deber, del infortunio! ¿Serán héroes ó mártires se dirán las multitudes? Son héroes de la fatalidad, mártires del destino: quisieron luchar contra el destino en forma de hombres, de buques, de armamentos bélicos, y el destino ciego, fúnebre, les envía á Makharoff y sus acompañantes como adversarios, el golpe mortal de los trozos de un torpedo ardiendo.

Hasta aquí la suerte no ha sido muy amante para Rusia; con pasos lentos, fríos caminan los dos combatientes: el Japón en los comienzos de la lucha toma cierta victoria que luego tendrá que abandonar. Pero Rusia vencerá; pondrá su bandera victoriosa en el terreno candente de la pelea: cuantos sacrificios, medidas extremadas, recursos extraordinarios lanza á la guerra el gran pueblo de Tolstoy, serán cubiertos más adelante por una victoria tan sonada como gloriosa. Hay que desear su triunfo; en la bancarrota del Japón, en el vencimiento de éste por Rusia, se esconde el amanecer de ciertas ideas que empujarán á los moscovitas á más sobresalientes epopeyas.

Yo que soy rusófilo vehemente, leal; yo que aborrezco á esa raza amarilla, que con un tinte superficial de europeización desea atropellar á un país poderoso, rico, que no desafia con jactancias infantiles; yo que siento admiración por ese país inmenso como son ahora sus ardores patriotas, por ese país de resignados y creyentes, cuando supe la desgracia que lloraba, cogí la pluma, y obediendo á los vaivenes de mi corazón, á los impulsos de mis sentimientos, he escrito las presentes líneas, que no son más que otro recuerdo, otra oración que se unirá á las muchas que la Humanidad eleva por Makharoff y sus acompañantes, héroes de la fatalidad, mártires del destino.

Cipriano Martínez Parra.

## EL FRANCISCANO

Vivia en Roma hace muchos años un miguete muy dado á comidas opiparas. Hombre espléndido, casi todos los días sentaba á su mesa á media docena de amigos, y con frecuencia disponía banquetes y festines á lo Baltasar, convidando entonces á muchas y aristocráticas damas de la capital.

A uno de estos banquetes asistió cierto opulento prelado, monseñor C., personaje muy meido en la sociedad mundana, elegantón, simpático muy corriente.

Y hé aquí que al final de la comida vinieron con el recado á Monseñor de que deseaba hablarle un fraile franciscano, el cual fraile no le dejaba ni á sol ni á sombra desde hacía un mes solicitando no se qué gracia ó recomendación.

Así lo dijo el prelado, como se negase á recibir al pedigueño, y menos á molestarse abandonando la cómoda butaca, las señoras le rogaron que hiciese pasar al frailecito para amenizar los postres con el aturdimiento de que se suponían sentiría acometido al verse ante tan brillante concurso.

A las cabezas de los comensales habian ya subido los vapores de muchos y generosos vinos, tanto que una de las damas propuso que se obsequiara al recién llegado con una copa de agua cristalina, advirtiéndole previamente que era un añejo y excelente vino blanco. El pensamiento pareció á todos de perlas.

So pena de caer en descortesía, hubo que complacer al bello sexo, y entró nuestro fraile, muy humilde y encogido, y cuya cara de papanatas era ya una nota cómica. La misma iniciadora de la idea le presentó una copita de agua, diciéndole:

—Vaya hermano, bébase ese trago de Siracusa á nuestra salud.

Tomó la copa el frailecito, y antes de acercarla á sus labios advirtió la superchería, pues gozaba á Dios gracias, de un excelente olfato, y nada le denunció éste que el transparente liquido fuese zumo de uva....

Pero sin desconcertarse, y después de una profunda reverencia, dijo al prelado:

—No beberé si monseñor no se

